



La bola de nieve

17° La bola de nieve

Un puñado de nieve, un pequeño puñado apretado y girado sobre la capa de blancura comenzó a crecer y a tomar dimensiones.

Los niños en jolgorio de gorriones, porque como ellos saltaban y gritaban, como *chillandres*, hacían rodar por las calles sus pequeñas pelotas de nieve.

Las engrosaban a puñados al principio, y, lentamente, se iban apretujando y engordando a cada vuelta.

Rueda que rueda.

Y la obra de uno se unió a la de otro y sumaron esfuerzos... para, ¡a gritos!, recrecer y recrecer la bola, girando y girando...

El sol se adueñó de los cielos. La nieve aceptó el reto de luz y de calores.

Los niños apretaban sus hombros y empujaban. Se soplaban los dedos húmedos para calentarlos con los vahos cálidos de su respiración sofocada.

El cuerpo entero les sudaba de actividad, rojos de alegría y satisfacción, rodaban y rodaban una y otra vez la bola que rodaba a empujones.

Se quemaban las manos de adentro hacia fuera por efecto del hielo, pero empujaban y palmoteaban de gloria y arrebató.

De los canalones de los tejados comenzaban a llover goterones. Los tejados de las casas, que, a causa de la nieve, cambiaron del rojo al blanco alfombrado; por la parte que miraba al sur, resudaban casi con chorros continuos. Por las orientadas a la umbría, en cambio, derretía la nieve, lentamente, dejándose escurrir, sin darse tiempo, y cada gota se abrazaba a la anterior formando colgajos de hielo.

Los niños buscaban palancas de tablas para seguir empujando su bola de nieve.

Parpadeaban con brillos las ramas huesudas de los chopos, bamboleadas por la brisa.

Al último y más apurado empujón de palancas y esfuerzos unidos, rodó por la rampa de una barbacana inopinada y quedó incrustada en la pared norteña de la última casa. Todo empeño fue inútil... Las palancas saltaron en secos ronquidos bajo el empujón de manos y pies esforzados... y allí se acomodó la bola, la gorda bola de nieve.

Un hálito vaporoso salió respirado de todos los cansancios.

Los niños que juegan contra las nieves o brincan en las plazas y calles, respiran cansancios para no sentirlos, porque así se liberan de ellos y alientan suspiros de vida.

Para terminar la obra, entre varios muchachos formaron escalera para subirse encima.

Con esfuerzo alzado alcanzaron los chupones de hielo que comenzaban a nacer en los aleros del tejado.

El helado de agua insípida satisfizo como un caramelo el deseo infantil.